

La fortuna de Finch

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Finch's Fortune*
En cubierta: cartel promocional de
la línea de cruceros Olympic (1900),
de Fred J. Hoertz © Shawshots / Alamy
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Raquel García Rojas
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-83-5
Depósito legal: M-996-2023
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Mazo de la Roche

LA FORTUNA DE FINCH
LA SAGA DE LOS WHITEOAK 3

Traducción de
Raquel García Rojas

 Siruela

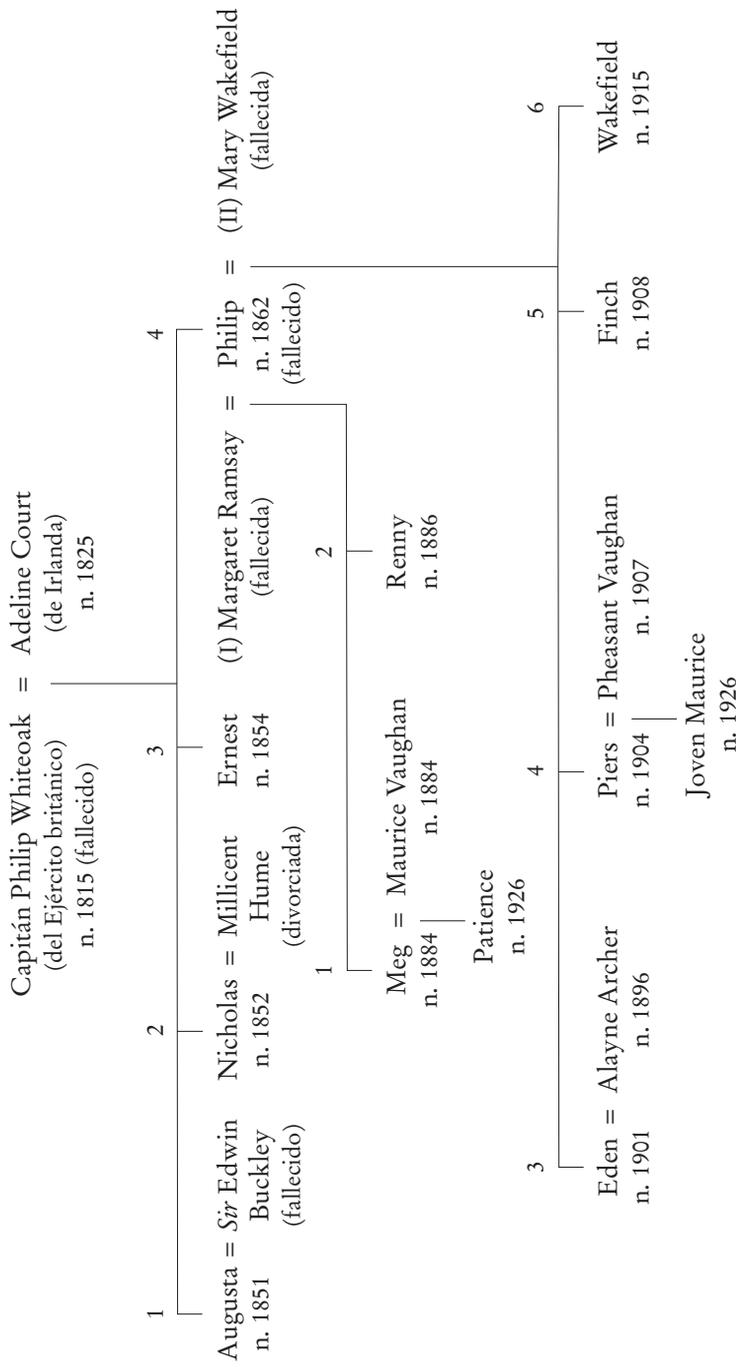
Nuevos Tiempos

Índice

I	Mayoría de edad	13
II	Las dos mujeres	36
III	Los dos amigos	55
IV	El cumpleaños	68
V	La partida	118
VI	El viaje	139
VII	Londres	149
VIII	Nymet Crews	156
IX	Un día en Devon	177
X	Viejos y nuevos amores	211
XI	Arthur, Sarah y Finch	229
XII	A orillas del mar	246
XIII	Ralph Hart	260
XIV	Eden y Finch	277
XV	Tía y sobrino	281
XVI	Jalna	291
XVII	Sexteto	295
XVIII	La granja de zorros	325
XIX	El extraño	339
XX	Barney	354
XXI	¿De quién fue la culpa?	363
XXII	Libertad	374

XXIII	El joven poeta	384
XXIV	El regreso de Nicholas y Ernest	398
XXV	Alayne y el amor	415
XXVI	Finch	435
XXVII	En Navidad y después	446
XXVIII	La cacería	455
XXIX	El sitio que le corresponde	464
XXX	¿Qué pasaba con Pauline?	496
XXXI	Felicitaciones de cumpleaños	505

LA SAGA DE LOS WHITEOAK



Para Ellery Sedgwick

I

Mayoría de edad

Nicholas y Ernest Whiteoak estaban tomando el té juntos en la habitación de Ernest. Este creía que iba a pillar uno de sus resfriados y le daba miedo exponerse a las corrientes de aire del pasillo y de la entrada con un tiempo tan malo, de modo que había pedido que le subieran el té y había invitado a Nick a acompañarlo. Estaban sentados frente a la chimenea, con la mesita entre ambos. La gata de Ernest, con las patas enroscadas debajo del pecho y los ojos entrecerrados ante el resplandor del fuego, estaba echada a los pies de su amo, y el Yorkshire terrier de Nicholas, tumbado de lado, se revolvió inquieto en sueños. Los hermanos repartían su atención entre el té y sus mascotas.

—Está un poco indispuerto —observó Nicholas con los ojos fijos en Nip—. No ha pedido nada.

Ernest dirigió una mirada de desaprobación al perrillo.

—No hace suficiente ejercicio. Y cómo, si apenas se separa de tu lado. Se está poniendo fondón. Es lo malo de los terrier, siempre se ponen fondones. ¿Cuántos años tiene?

—Siete, está en la flor de la vida. Yo no lo veo fondón.

—Nicholas hablaba en tono malhumorado—. Es por cómo se ha tumbado. Puede que tenga gases.

—Es falta de ejercicio —insistió el otro—. Fíjate en Sasha. Catorce años tiene y sigue tan elegante como siempre, pero

claro, ella sale a todas horas, incluso después de la última nevada. Esta misma mañana ha traído un ratón de las cuadras. Hasta lo lanzaba al aire y jugaba con él.

Ernest dejó caer una mano y sus blancos dedos descansaron un instante sobre la cabeza leonada de la gata. Nicholas contestó sin entusiasmo.

—Sí. Los gatos son así de desalmados. Se escabullirían para cazar ratones o para tener un cochino escarceo amoroso aunque su amo se estuviera muriendo.

—Sasha no tiene escarceos amorosos cochinos —contestó acalorado su hermano.

—¿Y el último gatito que tuvo?

—No hubo nada de cochino en eso.

—¡Que no! Lo tuvo en tu edredón.

Ernest notó que se estaba enfadando y eso era malo para su digestión. El recuerdo de aquella mañana en la que Sasha, con un alarido triunfante, había depositado al cachorro en su cama (¡y él todavía acostado!) le alteraba los nervios. Se obligó a decir con voz fría:

—No sé qué tiene que ver el gatito de Sasha con que Nip se esté poniendo fondón.

Nicholas había desmenuzado el último trozo de bollo en el té. Ahora se lo llevaba a la boca en la cuchara y se lo tragó casi de inmediato. ¿Por qué habrá hecho eso?, se preguntó Ernest. ¡Cuán a menudo los había fastidiado su anciana madre con esa misma costumbre! ¡Y ahora Nicholas la iba a hacer suya! Parecía consciente de lo que hacía, además. La boca, bajo el lacio bigote gris, se le retorció en una mueca medio divertida medio avergonzada. Ernest había observado con frecuencia esa propensión de Nick a imitar a su madre desde que esta había fallecido, hacía ya año y medio, y nunca dejaba de incomodarlo. Una cosa era ver comer sopas a una anciana —una mujer de más de cien años, de hecho, aunque nadie lo habría dicho— y

otra muy distinta ver a un hombre fornido, con al menos una docena de dientes propios aún, cometer la misma falta de delicadeza. Ojalá Nicholas imitara las cualidades más refinadas de mamá, y había hecho gala de muchas, pero no: siempre reproducía las que él mismo había detestado en ella. Y se parecían lo suficiente —las cejas greñudas, la larga nariz de los Court— para que a Ernest lo invadiera una extraña desazón.

Este miró a su hermano mayor con una sobriedad que pretendía ocultar lo que era casi dolor.

—¿No sabes lo malo que es eso para ti?

—Tengo que hacerlo —murmuró el otro—, noto los dientes flojos.

—Sandeces. —Ernest respondió cortante—. Ayer te vi comer un guiso de venado sin ningún problema.

—No lo masticaba.

—Y esta misma mañana te he oído ronzar un caramelo de marrubio.

—Me van mejor las cosas duras, algo a lo que los dientes se puedan agarrar.

Nicholas le dio un trago al té y se quedó mirando a Ernest a los ojos, por encima de la taza, con expresión torva: sabía lo que estaba dando a entender su hermano.

Ambos pasaban con mucho los setenta años, pero la sombra de su temible y vetusta madre aún los dominaba. Los copos de nieve se aplanaban contra el cristal de la ventana y se quedaban allí aferrados. Más copos caían sobre los anteriores y se aferraban a ellos. Dejaban el mundo fuera y envolvían la casa como una bufanda blanca. Un tomo de nieve se deslizó desde el tejado y cayó sobre el alféizar con un suave golpe sordo. La sombra de la anciana madre estaba encerrada con ellos en la habitación.

Un ascua rodó desde el fuego de la chimenea y acabó en la alfombra. Ernest le dio un puntapié, luego agarró las tenazas y

la cogió. El perrillo se alejó de un brinco, aterrorizado, y luego fue con aire de indignación hacia la cama de Ernest y saltó muy tieso a la colcha. Sasha, sin embargo, con apenas una mirada de soslayo al trocito de carbón incandescente, se levantó y se apoyó con las patas delanteras en la silla de su amo. Hincó las garras en el *velour* y las sacó con un ruido como de tela que se rasga. Ernest devolvió las tenazas a su sitio y la acarició detrás de las orejas.

—Mucho se preocupa por ti —le dijo Nicholas—. Solo te tolera porque eres su esclavo. Le daría igual que fuese yo el que le rascara la cabeza.

—Sasha, Sasha... —murmuró entonces el otro mientras buscaba confiado la zona más sensible del cuello de la gata.

—Te vas a llenar los dedos de pelo. ¿Quieres este trozo de bizcocho?

—No está pelechando. —Se frotó las yemas de los dedos unas contra otras—. Ni un pelo. No, no, cómetelo tú, a mí me viene mejor ahorrármelo.

Sin embargo, Ernest miraba el dulce con ojos anhelantes. Si Nicholas había heredado cierto parecido físico a su madre, sus rasgos duros, su resolución y su tenacidad, Ernest solo heredó su pasión por la comida y sin la buena digestión que la había acompañado en el caso de la anciana. Él tenía digestiones difíciles, pero no apartaba la vista de la última porción de bizcocho.

Les habían traído cinco dulces con el té: dos rollos suizos, dos bizcochitos con pasas y un trozo bastante grande de bizcocho de frutas. ¿Por qué solo uno?, se preguntó Ernest. Era raro que Wragge hubiera hecho aquello. Casi como si esperase ensombrecer, aunque fuera con un gesto tan ínfimo, su hora del té. Había algo muy malicioso, incluso siniestro, en Wragge. Un solo trozo de bizcocho de frutas para dos hombres de edad avanzada... Muy extraño, sin duda.

— Yo no lo quiero — repuso Nicholas. Se limpió el bigote con una servilleta y volvió a dejar su taza en la bandeja—. Es malo para la gota. Cómételo tú. Se supone que es muy nutritivo.

— Qué raro — Ernest trataba de hablar con voz distendida — que nos haya traído solo una porción.

Nicholas miró el bizcocho con el ceño fruncido.

— Pregúntale por qué. En cualquier caso, yo no lo quiero.

— ¿Te comerías la mitad?

— De acuerdo, la mitad. Puede que Wragge haya pensado que tendríamos bastante con la mitad para cada uno. No hacemos mucho ejercicio.

— En ese caso, debería haberlo cortado en dos trozos. Habría sido muy fácil cortarlo en dos.

Nicholas se rio entre dientes.

— Menudo pajarraco estás hecho, Ernie.

Ernest sonrió, no poco complacido, y cortó el bizcocho en dos trozos. Él desmenuzó el suyo en pedacitos, pero Nicholas se lo metió casi de un golpe en la boca. Aún masticando, masculló:

— Esa gata te va a hacer trizas el sillón. ¿No oyes cómo lo araña?

Ernest le puso a Sasha un dedo amonestador bajo la barbilla.

— Mala, mala — le decía, y los ojos del animal brillaban al mirarlo por encima de su sonrisa burlona de tres picos.

— Qué criatura más boba y casquivana — refunfuñó Nicholas.

Ernest apenas podía creer lo que oía. ¿De verdad había pronunciado Nick aquella palabra o solo había soñado que salía de sus labios? ¿Estaban soñando los dos? Esa palabra, más de su madre que cualquier otra, ¡casquivana! ¿Estaría su hermano perdiendo la cabeza? ¿O es que disfrutaba hacién-

dole daño al evocar aquella amada presencia (desaparecida hacía tan poco) con endebles imitaciones de sus costumbres y su forma de hablar? Y no precisamente los hábitos y las palabras más agradables... En fin, resultaba cuando menos de muy mal gusto.

Nicholas parecía mirarse la punta de la lengua nariz mientras raspaba el azúcar del fondo de su taza, que estaba decorada con volutas doradas y rosas rojas por dentro y era del todo blanca por fuera. Intentaba hacerse el natural, pero no lo conseguía. El bigote gris se le movía de una forma inusual. Ernest tomó la decisión de ignorar aquella palabra y seguir como si no hubiera pasado nada. Sabía que era lo mejor que se podía hacer cuando los niños soltaban alguna palabrota nueva, no prestarles ninguna atención, para que la olvidaran cuanto antes. Así también castigaría a Nick, puesto que siempre le había gustado que los demás se fijaran en todo lo que hacía y que lo comentasen. En lugar de reprochárselo, lo trataría como a un niño travieso. Con súbito recelo, se preguntó si Nicholas se estaría volviendo en verdad pueril — si estaría entrando en esa segunda infancia de la ancianidad —, pero enseguida descartó tal idea. Un solo vistazo a esos ojos profundos y burlones fue suficiente para desecharla. No, Nick estaba de lo más sano, salvo por la gota. Lo que tenía que hacer era ignorar por completo aquella palabra.

—Me gustaría que ordenases a Nip bajarse de mi cama —dijo de mal humor—. Está tumbado en mi edredón nuevo y podría tener pulgas.

—Al menos no tendrá un cachorro ahí encima.

Ernest elevó la voz:

—No me gusta. Por favor, dile algo.

—¡Una araña, Nip! ¡A por ella! —gruñó el dueño del chuchó.

El terrier alzó la cabeza y lo miró escéptico a través del flequillo, pero no se meneó.

— Es inútil — concluyó Nicholas.

— Prueba con los gatos.

— ¡Gatos! — gritó Nick—. ¡Gatos de las cuadras!

Nip toleraba a Sasha, pero no a los gatos de las cuadras. Convertido en una furia peluda, saltó de la cama y se abalanzó sobre el banco de la ventana. Ladeaba la cabeza para intentar ver algo a través de la nieve acumulada contra el cristal. Vio, o creyó ver, una forma oscura escabulléndose a rastras por la blanca explanada. Gruñía rabioso, pero no le salían los ladridos. Hacía un ruido como ahogado. Saltó del banco y se fue a gruñir a la puerta. Los aullidos taladraban el oído. Nicholas se levantó con cierto esfuerzo de la silla y cruzó renqueando la habitación tan deprisa como pudo. Nip contuvo el aliento mientras le abrían la puerta y entonces, cuando vio acercarse el canto, la cogió entre los dientes y la mordió sin piedad. Empezó a roerla, a tirar como si quisiera sacarla de los goznes y castigarla por estorbarle el paso. Luego escupió una astilla y salió disparado por el pasillo para acabar bajando en picado las escaleras.

Los dos hermanos oyeron el portazo en la entrada. Alguien lo había dejado salir. Se quedaron escuchando, atentos, preguntándose si habría sido alguien que pasara por el recibidor o si vendría de fuera. En aquellas largas tardes de invierno, cuando oscurecía tan temprano, las idas y venidas de los miembros más jóvenes de la familia les resultaban de gran interés.

Oyeron pasos fuertes subiendo las escaleras y luego Nicholas, que seguía de pie en el umbral, observó con gesto de aprobación la figura que se acercaba. Era el mayor de sus cinco sobrinos varones, Renny Whiteoak, y llegaba envuelto aún por un aire tan gélido que Ernest, en un ademán autoprotector, alzó la mano.

— ¿Te importaría no acercarte demasiado, Renny? Me amenaza el resfriado.